

MERCEDES DE VEGA

BAJO  
LA LUZ  
*del*  
ECLIPSE



ESPASA

MERCEDES DE VEGA  
BAJO LA LUZ DEL ECLIPSE



© Mercedes de Vega, 2024, en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan  
© Editorial Planeta, S.A., 2024  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 3.081-2024  
ISBN: 978-84-670-7207-5

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Huertas, S. A.  
Impreso en España-*Printed in Spain*



## EN EL CINTURÓN DE HIERRO

Mitxel Aguirre deja prendida en el pasado a su amada Guernica. La carretera se estrecha hacia un futuro incierto y desaparece por el retrovisor del camión militar que lo lleva al frente de Bilbao, entre la vegetación de una fría primavera que irrumpe salvaje sobre la comarca de Busturialdea, ajena a la guerra que se extiende por todo el país.

Después, dentro de la montaña, en el nido de ametralladoras, se siente helado dentro de un áspero uniforme que le está grande. El monte supura ríos de agua que penetra en los poros del hormigón, se escurre por la tierra y alimenta el musgo de las piedras. No siente los pies en el búnker oscuro y húmedo, sobre fango repleto de lombrices en la línea de defensa del 5.º Sector del Cinturón de Hierro que rodea Bilbao.

Está nervioso, anhelante también por una batalla que no aparece en el horizonte tormentoso del bosque. Se ha alistado en el I Cuerpo del Ejército de Euskadi y desespera por su primer combate contra el enemigo. A su espalda, el camarada Vilaño está abriendo cajas de munición, oculto por la oscuridad.

Vilaño se alumbró con la linterna que lleva en el casco y presume de haber participado en la construcción del búnker; es albañil y sabe fabricar hormigón armado, ha levantado kilómetros de trincheras y cinco puestos para ametralladoras y artillería, a semejanza de la Línea Maginot.

Mitxel no tiene ni idea de lo que es la Línea Maginot, y piensa que Vilaño es un presuntuoso, apenas tiene veinte años y se cree experto en todo.

A Arizmendi se le ha metido el pecho para dentro y se le ven las piernas hinchadas bajo el abrigo militar. Es un *gudari* obeso, con el pelo como embadurnado de aceite bajo la *txapela*. Está a la izquierda de Mitxel, restregando su ametralladora con grasa de cerdo y un paño de lino. Siempre lleva un palillo en la boca y es el mayor de los tres.

—Todo es odioso y húmedo —dice Arizmendi levantando los brazos. Se le cae el tarro de grasa y le golpea una pierna—. Joder, lo que faltaba, que me temblara la mano y me hiriera yo mismo.

—¿No será el miedo que tienes? —se mofa Vilaño.

—Yo no sé lo que es eso, *tontolapiko*, he nacido sin miedo y te puedo romper el cuello con solo dos dedos.

Vilaño contesta que solo está dispuesto a morir por su Euskadi. Pero Mitxel no piensa morir todavía. Por lo menos hasta que ganen la guerra y regresen a Guernica con honores y una graduación militar. Solo tiene diecisiete años, dos vacas en el establo de la casa, la *txapela* de su *aita*, que ha heredado como

cabeza de familia, y un iris de cada color. Vilaño se las arregla para no mirarle directamente a los ojos porque le da escalofríos. En la oscuridad del búnker Mitxel parece un gato tuerto.

A Mitxel el corazón le arde cuando piensa en su *ama* y se convence de que ella estará bien. Es una mujer fuerte, alta, bonita, con un ojo azul y otro marrón, y es la vendedora más amable del mercado. Se llama Begoña y ordeña la leche con la mejor nata de todo el valle del río Oca. Cuánto quiere a su *ama*, ya viuda tan joven.

Nunca pensó que se pudiese querer tanto a una madre, con esa fuerza poderosa. Quizá porque está solita. Quizá porque él no tiene novia en quien pensar y concentra en su *ama* sus mejores pensamientos; los dichosos y los tristes, los amargos y los dulces.

Todos sus camaradas llevan en la cartera fotografías de muchachas, o recortes de revistas con actrices de cine. Pero él solo quiere mirar dentro de sí mismo, buscar en la memoria y escribir en su libreta rayada palabras y poemas que describan la belleza y la bondad de su *ama*. Él se parece tanto a ella. Mientras espera órdenes, vuelve a abrir la cartera y mira y remira la brillante imagen de su madre y del pequeño Jon, tan torpe, anudándose las albarcas con sus deditos infantiles.

Su hermano aprende rápido; solo desea ayudar a la *ama*. Ya sabe ordeñar como un adulto y lleva al asno del ronزال con habilidad y cuidado. Es un niño sensible. Y decidido y valiente. Se parece mucho a la *ama*,

pero tiene los ojos del mismo color, como el *aita*. Mitxel le ha enseñado a leer, a hacer cuentas y a escribir poemas. Para tener ocho años, Jon es todo un hombrecito. Y le ha jurado a Mitxel, con su vocecilla de crío, que cuidará de la *ama* y de las vacas, porque del *aita* no se acuerda, pero sabe que desde arriba está guardando a la familia y al ganado, que es el sustento de los tres, y eso le templó el ánimo a Mitxel para no sentirse culpable por haberlos dejado solos en Guernica.

«Tú ve a la guerra y sé un buen *gudari*, que yo cuido de *ama*», son las últimas palabras de Jon que se repite Mitxel, una y otra vez, como si el *aita* estuviese dentro de su pequeño hermano. Abandona estos pensamientos porque ha de concentrarse en conservar la vida que le ha dado su *ama*; ella se lo hizo jurar con lágrimas en los ojos. Y el juramento de un Aguirre es sagrado.

¿Y si sucede en Guernica lo que ocurrió en Durango hace un par de semanas?

Murieron tantas mujeres y niños descuartizados por las bombas de la aviación italiana que no quiere recordarlo. Ni pensar en ello. Tiene la sensación de llevar al cuello una horca que lo ahoga lentamente.

Un enjambre de voces atraviesa la colina. La ladera retumba hasta lo más profundo. Mitxel aguza la mirada por un rectángulo oxidado. Los cañones antiaéreos se desplazan y descargan proyectiles. Nubes de tierra y polvo se elevan. Él dispara por primera vez la ametralladora de su puesto, junto al camarada Arizmendi.

Ahora a Mitxel le duelen las manos. Le tiembla el pulso. No ve nada.

—¿Son bombarderos italianos? —le pregunta a Arizmendi.

—No lo sé. ¡Pero ya ha comenzado el baile, muchacho! Esto es la guerra.

—¡A morir por Euskadi! —grita Vilaño, colocándose en su puesto.

Mitxel los escucha en silencio, atemorizado de pronunciar una palabra: «Somos leales, luchamos con valentía y moriremos a carcajadas».

El búnker aguanta los impactos a su alrededor. Los tres ametrallan todo lo que pasa por delante del nido. Los labios de Mitxel están contraídos y su rostro se deforma con las vibraciones de los disparos. La colina tiembla. Los árboles se vencen y el bosque se retuerce. Las trincheras cercanas saltan reventadas. Voces y lamentos se elevan entre la espesura del monte y una explosión sucede a otra en el Cinturón de Hierro, la línea de defensa de Bilbao que pronto será sometida por las tropas rebeldes. Los tres deberán escapar monte a través, si pueden conseguirlo, para no morir bajo las bombas enemigas, la artillería y miles de soldados que avanzan destruyendo a su paso los ochenta kilómetros de fortificaciones construidas con hormigón, madera y sacos terreros que atraviesan treinta y tres municipios de Vizcaya para proteger a una ciudad que no resistirá la embestida.



## EL BOMBARDEO DE GUERNICA

Hoy no hay mercado. El delegado del Gobierno Vasco lo ha suspendido y también se ha suspendido el partido de pelota de la tarde. El miedo se extiende en la comarca. El silencio de Guernica es la peor alarma. Los bombardeos de Éibar y Durango presagian lo que va a ocurrir. El Ayuntamiento ha construido cinco refugios antiaéreos. En edificios y caseríos se han excavado defensas. El refugio de la calle Santa María no está terminado y vería un peligro si se utilizara; no se han instalado todavía las láminas de acero para reforzar la techumbre.

El día es ventoso. A las cuatro y media de la tarde suenan las campanas, alarmantes y metálicas, sobre la plaza del pueblo. El vigía de la cumbre del monte Cosnoaga ha dado la voz de alarma y bandadas de golondrinas se alzan de los árboles en estampida. La gente abandona precipitadamente las calles, los campos y los sembrados. Todo el mundo corre hacia los refugios.

La primera alarma. Un bombardero alemán de doble cola viene del sur en vuelo bajo, gira noventa

grados a la izquierda, en dirección este-oeste, sobrevuela el puente de Rentería y arroja la primera carga explosiva en un ataque en solitario. Vira y repite la trayectoria, lanzando más bombas. El sonido de las explosiones invade el pueblo y rompe los vitrales de las iglesias como ráfaga de huracán. El cielo se oscurece y surgen entre las nubes tres bombarderos italianos Savoia-79 cargados con las treinta y seis bombas de cincuenta kilos que explotarán una vez toquen tierra. Proceden del aeródromo de Soria.

Altura del ataque: 3800 metros, de norte a sur. Objetivo: las carreteras que llevan al puente de Rentería, al este de Guernica, y obstaculizar la retirada del enemigo con un ataque sorpresa que viene del mar. Y como en el mar, una oleada de destrucción arrasa la tierra y los campos en minutos. La formación vira, repite la operación y da la vuelta hacia Soria. El estruendo del aire se mitiga en la distancia y desaparece. El silencio gobierna como en un reino de papel.

Algunos edificios junto al puente, que ha quedado en pie, han sido destruidos. La casa que alberga el centro de Izquierda Republicana ha desaparecido bajo sus escombros. A doscientos metros del puente, la iglesia de San Juan tiene grandes boquetes y los muros se han vencido por impacto de las bombas italianas. Muchas de ellas han caído entre el puente y la estación ferroviaria.

Begoña y Jon salen por la trampilla del sótano de la cocina entre tinieblas; ella lleva a su hijo de la mano.

Ambos gatean hasta la ventana. La tarde se ha tornado oscura. Viven en un viejo caserón. En la planta baja están el establo y la lechería, y al fondo la cocina que sirve de comedor, cuyo aparador tiene una radio de cuatro válvulas que no funciona. Ella le habla a Jon en voz baja. La tez de Begoña está blanca como la de una muerta. Sus ojos de dos colores brillan como luceros en un cielo negro. El niño ha dejado de temblar y corre los visillos de la cocina para mirar afuera. La calle está vacía y todas las ventanas de las viviendas, cerradas. La quietud regresa al campo y a las calles. Las campanas ya no suenan. Parece que se han ido. El peligro ha pasado. Los vecinos corren y regresan a sus casas, abandonando bodegas y sótanos y los refugios antiaéreos del Ayuntamiento. El pueblo entero ha retumbado como en un terremoto, pero la calma se establece de nuevo en Guernica. Ninguna bomba ha caído cerca.

En Burgos, a las cinco de la tarde, las tripulaciones de tres escuadrillas de Junker 52 de la Luftwaffe se preparan para la segunda misión, diseñada por el jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor, Wolfram von Richthofen. El objetivo: el puente de Guernica y destruir las comunicaciones. Los armeros de la tercera escuadrilla sustituyen las bombas de diez kilos por otras de cincuenta y doscientos cincuenta. Completan la carga plateadas bombas incendiarias que llevan el águila imperial grabada, junto a la marca del fabricante alemán.

Sobre las seis y media de la tarde las campanas de Guernica rompen de nuevo, ensordecedoras. Begoña está en el establo. Ha conseguido sosegar a Rosamay y a Carmenchu, muy nerviosas por el bombardeo italiano. Las ha acariciado tiernamente en el vientre y ahora están relajadas. Las dos vacas son toda su fortuna, y reza el rosario que ha sacado del bolsillo del delantal mientras les habla. También rezan todos los habitantes de Guernica, mientras corren de nuevo hacia los refugios bajo el sonido de sirenas y redoble de campanas.

Jon se ha puesto la *txapela* de su *aita* que le entregó su hermano antes de partir hacia la guerra porque él ya es un hombre, y es el jefe en ausencia de Mitxel. El niño no oye los avisos ni escucha a su madre gritar en el establo por el nuevo bombardeo. Está muy concentrado escribiendo sobre papel de estraza, en el suelo, escondido bajo la mesa de la cocina, una carta a su hermano mayor, que combate en el Cinturón de Hierro. Le cuenta que no sabe bien lo que ha ocurrido, las bombas han caído muy cerca y la *ama* no ha querido acudir a los refugios porque dice que no son seguros, y ya han pasado los aviones, menos mal; porque no ha querido abandonar a sus vacas bonitas, no podrían sobrevivir sin ellas. Jon desconoce lo que está sucediendo otra vez, cuando las puertas de la casa se desprenden de sus marcos y los ladrillos se derrumban ante él.

Una lluvia de bombarderos ha aparecido por el norte en un segundo ataque. Los Junker alemanes sobre-

vuelan las llanuras alavesas, escoltados por cazas. Tres formaciones de seis aviones atacan en cuña y dejan caer sus bombas sobre la carretera de Lequeitio. Siembran la destrucción alrededor del puente y entran en Guernica.

Una bomba de cincuenta kilos cae cerca de la casa y revienta el establo, sepulta a Begoña, a Rosamay y a Carmenchu. Un proyectil incendiario de aluminio cae del cielo y el fuego se extiende rápidamente hasta abrasar a las vacas despedazadas, enterradas entre la techumbre y las paredes derrumbadas que han matado a Begoña.

El humo y el fuego se extienden por la casa. Jon corre entre la polvareda y los cascotes de la cocina y se arroja por la ventana desmembrada, que ya no existe; en su lugar, un hueco le abre paso al exterior y el niño sale tosiendo y tropezando con los escombros. No quiere perder la *txapela* ni dejar de ser el jefe de una casa reventada.

«¡Ama, ama!», grita a su alrededor, sin mirar atrás. Es solo un niño asustado de ocho años que corre por las calles hacia cualquier refugio para salvar la vida, bajo un enjambre de aviones que lanzan toneladas de bombas que explotan e incendian Guernica.

El humo oculta las llamas que se forman sobre los edificios bombardeados. El fuego se extiende por el pueblo y trepa por las paredes de las casas como una serpiente. Jon corre sujetándose la *txapela* con

una mano. No se le puede caer. Le prometió a Mitxel que la llevaría con orgullo. No quiere mirar la devastación que lo rodea. El humo lo persigue. Los tejados se abren. A la vuelta de una calle consigue alcanzar el refugio antiaéreo de Santa María entre la lluvia de metralla que cae del cielo. Escucha el silbido de un proyectil abriéndose camino como una corriente. A su alrededor revientan muros y vuelan por los aires miles de fragmentos de mampostería.

El refugio lo acoge. Consigue entrar a gatas al interior de un largo túnel, excavado bajo la calle, construido con vigas de madera y sacos de tierra. El ruido de las campanas desaparece. Del techo se desprende una cascada de polvo y no puede ver a los cientos de personas que allí se refugian, pero oye los lamentos, los llantos y los rezos.

Las manos le sangran. No se las puede ver cuando las alza porque es sepultado por el hundimiento del refugio, que se vence bajo bombas de doscientos cincuenta kilos. Jon ya no escucha la destrucción ni la muerte de las personas que están a su lado, porque una viga de madera le hunde el cráneo bajo la *txapela* de su *aita*.